

**periscopio**

**EL CÍRCULO  
ESCARLATA**



CÉSAR MALLORQUÍ

# EL CÍRCULO ESCARLATA

**edebé**

© César Mallorquí, 2020

© Ed. Cast.: Edebé, 2020

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebé.net

*Directora de Publicaciones:* Reina Duarte

*Editora de Literatura Juvenil:* Elena Valencia

*Diseño de la colección:* Book & Look

*Fotografía de cubierta:* Freepik

1.<sup>a</sup> edición, septiembre 2020

ISBN: 978-84-683-4896-4

Depósito legal: B. 8354-2020

Impreso en España

Printed in Spain

EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Este libro está dedicado a Reina Duarte y Conchi Marín,  
mis amigas de siempre en el turbulento mundo editorial.*



La emoción más antigua y más intensa de la humanidad es el miedo, y el más antiguo y más intenso de los miedos es el miedo a lo desconocido.

H. P. LOVECRAFT





# Índice

1. Una llamada inesperada .....	11
2. Regreso a Villa Candelaria.....	29
3. La Mansión Kraken .....	40
4. La historia de la criada.....	60
5. <i>Narraciones Terroríficas</i> .....	74
6. La estirpe maldita de los Salazar .....	92
7. El manuscrito escondido .....	114
8. La secta del Círculo Escarlata.....	124
9. El jugador de ajedrez .....	142
10. Dos besos .....	158
11. Terror en la Mansión Kraken .....	175
12. Carlos .....	189
13. Charlando con un fantasma.....	209
14. La secta del Círculo Escarlata (final).....	214
15. Mensajes en las estrellas .....	218
16. El ojo de Dios .....	232
17. Cuatro días después .....	238
18. Hacia la Luna .....	250
Epílogo.....	258



## 1. *Una llamada inesperada*

**E**n cierta ocasión, hace ya mucho tiempo, vi un fantasma.

Y luego, cuatro años después, vi otro.

El primer fantasma era amable, incluso olía bien. A nardos. Era el espíritu de Beatriz Obregón; gracias a ella encontré las Lágrimas de Shiva, un fabuloso collar que había estado perdido durante setenta años.

El segundo fantasma fue mucho menos amable. Daba miedo y, desde luego, no olía precisamente a nardos. Tuve un desagradable encuentro con él en la Mansión Kraken, poco después de oír hablar por primera vez del Círculo Escarlata, una oscura y siniestra secta tan antigua como el tiempo. Eso ocurrió en el verano de 1973, cuatro años después de mi estancia en Villa Candelaria, el hogar de mis tíos y mis primas, los Obregón.

Mis primas, *las cuatro flores*: Rosa, Margarita, Violeta y Azucena. Cuántas cosas aprendí de ellas durante aquel verano de 1969 en Santander, cuando un ser humano pisó por primera vez la Luna. Sobre todo Violeta; ella me enseñó los secretos del corazón, fue mi primer amor, un romance adolescente que duró menos de lo que dura un verano, pero que dejó una huella indeleble en mí.

Violeta y yo nos quisimos durante las dos últimas semanas de agosto del 69; después, a comienzos de septiembre, tuve que regresar a Madrid y nos separamos. Al principio, nos escribíamos cartas con frecuencia, como mínimo una cada semana; también hablábamos por teléfono, pero solo de vez en cuando, porque las conferencias eran caras. Eso fue así durante más o menos el primer año de nuestra separación. Pero, poco a poco, las cartas y las llamadas se fueron espaciando, hasta que al cabo de un tiempo cesaron por completo. Teníamos nuestras propias vidas y estábamos muy lejos el uno del otro; era imposible que una relación así prosperase. Además, la última vez que hablamos por teléfono, discutimos. Ella se enfadó conmigo y casi me colgó. De modo que perdimos el contacto, aunque yo no llegué nunca a olvidarla. Es imposible borrar de la memoria a tu primer amor.

Pasaron los años y el mundo fue cambiando lentamente, aunque en España seguía Franco, el viejo dictador; cada vez más viejo y con las manos temblorosas por la enfermedad de Parkinson. Sin embargo, el país comenzaba a despertar de su larga siesta; cada vez se veían más chicos con el pelo largo y más chicas con minifalda, y las manifestaciones resonaban con frecuencia en las fábricas y las universidades. La gente quería libertad y democracia, y cada vez lo gritaba más alto. Aún faltaban unos años para obtenerlas, pero el país ya se estaba sacudiendo el sopor.

Acabé el colegio, hice «preu» y me matriculé en la Universidad Complutense. Escogí la facultad de Físicas; supongo que mi afición a la ciencia fic-

ción influyó en que eligiera una carrera de ciencias. Además, mi padre era químico, y quizá optar por la física había sido una sutil forma de llevarle la contraria. Mi padre se había restablecido por completo de su enfermedad y mi madre seguía tan activa y enérgica como siempre. La verdad es que mi vida no podía ser más corriente, salvo por un pequeño detalle: en el pasado había visto un fantasma. Eso es raro, ¿verdad?

No obstante, con el paso del tiempo, conforme aquella experiencia me resultaba cada vez más lejana, empecé a sospechar que todo había sido fruto de mi imaginación, quizá un sueño tan realista que lo confundí con la realidad. Además, no le había hablado a nadie de «mi» fantasma; no quería que me consideraran un chiflado, de modo que fui relegándolo a un rincón de la memoria. De hecho, esa fue la causa de la discusión con Violeta; le dije que creía haber imaginado mi encuentro con el fantasma de Beatriz Obregón, y ella se enfadó muchísimo. Me dijo que era un «cabeza cuadrada», se despidió con sequedad y colgó. No volvimos a hablar.

Hasta que una mañana de finales de junio de 1973 sonó el teléfono de casa. Ni remotamente podía imaginarme que quien llamaba era mi pasado.

\* \* \*

No hay nada más placentero que acabar el curso con todo aprobado y tener por delante un largo y cálido verano para hacer lo que te venga en gana.

Así me sentía yo a principios de verano del 73; las últimas notas ya habían salido y eran perfectas. Vale, solo conseguí un montón de aprobados y un par de notables, pero a mí me sabían a gloria.

Aquella mañana de sábado me levanté temprano y me di una ducha. Mientras me secaba, contemplé mi imagen en el espejo del cuarto de baño. Un par de años atrás había pegado un estirón que me llevó hasta el metro ochenta y uno de estatura; superaba en cuatro centímetros a mi hermano Alberto, lo cual me llenaba de maliciosa satisfacción. Tenía diecinueve años, el pelo castaño (y demasiado largo, según mi madre), los ojos de color marrón verdoso —o verde amarronado, como yo prefería definirlos— y una constitución atlética gracias a formar parte del equipo de baloncesto de la facultad. La verdad es que no estaba nada mal, pensé satisfecho de mí mismo.

Por desgracia, también me había salido una cada vez más espesa barba, lo que me obligaba a afeitarme a diario. Me enjaboné la cara, pasé minuciosamente la cuchilla y me limpié con agua el jabón sobrante; me eché un poco de *after shave* en las mejillas, con el consiguiente escozor, y regresé a mi cuarto con la toalla enrollada a la cintura, me vestí y fui a la cocina. Allí estaban mis padres, desayunando. Me serví una taza de café con leche y me senté a la mesa, sobre la que descansaba una fuente de pan tostado, mantequilla y un bote de mermelada.

—¿Y Alberto? —pregunté mientras untaba mantequilla en una tostada.

—Aún no se ha despertado —respondió mamá.

—Menudo vago... —murmuré.

Mamá dejó escapar un suspiro.

—¿Algún día os llevaréis bien? —dijo.

—Sí, cuando se vaya de casa.

—Deberíamos echaros a los dos —bromeó papá—. Sois como garrapatas que nos chupan la sangre. Me encogí de hombros.

—Eso os pasa por haber tenido hijos en vez de perros —repliqué.

Papá se volvió hacia mamá y asintió con fingida solemnidad.

—Mira, en eso tiene razón —dijo—. A lo mejor aún estamos a tiempo de cambiarlos por un par de chihuahuas.

Mamá volvió a suspirar.

—Tres hombres en la misma casa —murmuró en tono compungido—. Qué desgracia la mía... Ojalá hubiese tenido hijas.

Papá me guiñó un ojo mientras bebía un sorbo de café. Tras una larga pausa, preguntó:

—¿Qué vas a hacer estas vacaciones, Javier?

Eso era algo nuevo en mi vida. Hasta hacía poco, se daba por hecho que Alberto y yo iríamos con nuestros padres a pasar las dos primeras semanas de agosto en el apartamento que alquilaban todos los años en Jávea, un pueblecito de Levante. Pero el año anterior, Alberto se fue de viaje con su novia, mientras que yo me iba con mis padres; y, pese a lo insoportable que era mi hermano, me aburrí como una ostra. Pero ahora, por primera vez, podía elegir, así que ese año decidí irme de vacaciones por mi cuenta.

—He quedado con Tito y José Mari en hacer un Interrail en agosto —respondí.

Tito y José Mari eran mis mejores amigos del colegio.

—¿Qué es eso de «Interrail»? —preguntó mamá.

—Un billete muy barato para menores de veinticinco años —respondí—. Puedes viajar durante el verano en todos los trenes de Europa que quieras.

—¿Y adónde iréis? —preguntó papá.

—Aún no lo hemos decidido. Quizá a Francia o a Italia.

—Eso está bien. Viajar expande la mente.

—Pues a mí no me hace ninguna gracia que un crío como tú vaya solo por el mundo a sitios raros —dijo mamá.

—Que tengo diecinueve años —protesté.

—Pues eso, un crío.

—Y además no voy solo, sino con José Mari y Tito.

—Ah, entonces me tranquilizas —ironizó mamá—. Como tus amigos son tan sensatos y responsables...

La experiencia me había enseñado que era inútil discutir con mi madre, así que cerré la boca y solo la abrí para seguir desayunando. Al cabo de un rato apareció Alberto, en pijama y con cara de sueño.

—*Pasmao* —me dijo al pasar por mi lado.

—Capullo —respondí en voz baja.

Mi hermano había cambiado mucho. Estudiaba Derecho y se había echado novia, una compañera de clase llamada Silvia que le llevaba recto como una



vara. Desde que salía con ella, hacía ya un par de años, se había vuelto el tío más formal del mundo. No obstante, nuestra mutua rivalidad seguía en pie; ya no nos llevábamos como el perro y el gato, siempre peleando, pero sí como un perro y un gato que se miran con desconfianza y de vez en cuando se gruñen un poco.

Alberto saludó a nuestros padres con un sonido gutural, bostezó ruidosamente y comenzó a servirse una taza de café. Entonces sonó el teléfono. La somnolencia se esfumó del rostro de mi hermano.

—Debe de ser Silvia —dijo, echando a correr.

Se fue tan rápido que no me dio tiempo a decirle que solo faltaba que su novia le pusiera un anillo en la nariz, como a los osos amaestrados. Sin embargo, tardó menos de un minuto en volver; no le llamaba su novia.

—Es para ti, atontado —dijo.

—¿Por qué no intentáis llevaros un poco mejor? —terció mamá en el tono de quien ha perdido ya la esperanza.

—¿Quién es? —le pregunté a Alberto.

—Una tía.

—¿Qué tía?

—Y yo qué sé. Será de la Protectora de Animales, para preguntarte si te cuidamos bien.

Ni siquiera me molesté en contestarle; le dediqué una mirada de desprecio y me dirigí al salón. El auricular estaba descolgado; me senté en un sillón y respondí a la llamada.

—Diga...

—¿Javier? —dijo una voz de mujer.

—Sí, soy yo.

—Vaya, cuánto te ha cambiado la voz; no te había reconocido. Soy Violeta, tu prima.

¡Violeta! Su voz también había cambiado. Sonaba más grave, más profunda. Igual que me ocurría a mí, supongo.

—Violeta, qué sorpresa —dije—. Cuánto tiempo sin saber de ti.

—Sí, la vida, ya sabes; los estudios, la familia, todo eso. ¿Cómo estás?

—Bien, bien; ¿y tú?

—Estupendamente. Mi madre me ha dicho que estudias Físicas.

—Pues sí.

—Te va mucho. —Hizo una pausa y bromeó—: ¿Ya has encontrado al marciano que andabas buscando?

Sonreí.

—Todavía no, pero sigo intentándolo —respondí—. ¿Qué estás estudiando tú?

—Periodismo en Barcelona.

—También te va mucho.

Durante unos minutos continuamos divagando; nos interesamos por nuestros familiares, comentamos los estudios, y empecé a preguntarme para qué me había llamado mi prima. Finalmente, tras una pausa, Violeta dijo:

—¿Por qué no vienes estas vacaciones a Santander?

Así, de sopetón. Me pilló de improviso.

—¿Qué? —murmuré.

—Que te invitamos a pasar el verano en Villa Candelaria, como hace cuatro años. ¿No te apetece?

—Sí, claro, estaría bien; pero no puedo.

—¿Por qué?

—Porque voy a irme de Interrail con unos amigos.

—¿Cuándo?

—De mediados de julio a mediados de agosto.

—Pues posponlo.

—No puedo posponerlo; ya he quedado.

Hubo un largo silencio cuajado de estática al otro lado de la línea.

—¿Violeta?... —murmuré, pensando que la comunicación se había cortado.

—Necesito tu ayuda, Javier —dijo ella.

—¿Para qué?

—No puedo contártelo por teléfono. Pero necesito que me eches una mano, de verdad. Anda, ven.

Respiré hondo. Así era la Violeta que yo recordaba: obstinada y mandona.

—Es imposible, en serio —respondí—. Ya he quedado con dos amigos, no puedo cambiar los planes de repente. Dime lo que es y si puedo ayudarte desde Madrid...

—No; tienes que venir aquí. Por favor, Javier, es importante.

Qué pesada, pensé; era la mujer más insistente del mundo.

—Violeta —dije—: no puedo.

Hubo un largo silencio.

—Vale, perdona si te he molestado —dijo ella en tono seco—. Gracias por nada.

Y colgó.

Estupendo. Después de tanto tiempo, mi prima había vuelto a enfadarse conmigo.

\* \* \*

No volví a tener noticias de Violeta hasta cuatro días después. Yo había pasado la tarde con Tito y José Mari, planificando nuestro viaje. Decidimos hacer el trayecto París, Zúrich, Milán, Venecia y luego el regreso por Génova y el sur de Francia. Durante el invierno habíamos hecho toda suerte de trabajos, desde repartir propaganda hasta servir copas o hacer mudanzas, con el objetivo de reunir dinero para el viaje, así que lo teníamos todo preparado. Solo faltaba comprar los billetes de Interrail y, veinte días más tarde, partiríamos.

Regresé a casa poco antes de las nueve de la noche. Papá y Alberto aún no habían vuelto y mamá estaba en la cocina; faltaba media hora para la cena, así que me senté en el salón con el libro que estaba leyendo —*El hombre demolido*, de Alfred Bester (sí, ciencia ficción)—, puse un disco de Cat Stevens y comencé a leer. Al poco, apareció mi madre.

—Hola, Javier. No te había oído llegar.

—Hola, mamá. ¿Qué hay de cena?

—Judías verdes y tortilla —respondió, sentándose a mi lado.

Torcí el gesto; odiaba las judías verdes. Pero no protesté; mi madre tenía el aspecto de ir a decirme algo, así que dejé el libro a un lado y me la quedé

mirando. En los altavoces del tocadiscos sonaba *Morning Has Broken*.

—Esta tarde me ha llamado tu tía Adela —comentó mamá, como de pasada.

Tía Adela, la hermana mayor de mamá y madre de las cuatro flores.

—¿Ah, sí? ¿Qué tal está?

—Bien, como siempre. Hemos hablado de ti; te invita a pasar el verano con ellos en Santander.

Eché la cabeza hacia atrás y respiré profundamente. Eso era cosa de Violeta; como no había logrado convencerme, ahora recurría a su madre.

—Voy a irme de vacaciones con Tito y José Mari, mamá —dije en tono paciente—. Ya lo sabes.

—Ya, ya; pero lo de Santander es mucho mejor plan. ¿No te acuerdas de lo bien que te lo pasaste allí hace cuatro años? ¡Pero si encontraste las Lágrimas de Shiva!

Dejé escapar un suspiro.

—¿Y ahora hay que buscar otro collar perdido? —pregunté con ironía.

—No seas tonto, claro que no. Pero me quedaría mucho más tranquila si aceptaras la invitación de mi hermana. No me hace ninguna gracia que te vayas por ahí como un vagabundo.

—No nos vamos a la selva, mamá; ni a escalar el Everest. Vamos a Francia, Suiza e Italia. En Europa no hay caníbales, ni arenas movedizas, ni fieras salvajes. No me va a pasar nada.

Mamá se incorporó moviendo la cabeza de un lado a otro, como si me diera por imposible.

—Qué terco eres, Javier. De momento no le voy a decir nada a Adela. —Eché a andar hacia la cocina—. Tú piénsatelo.

—No voy a cambiar de idea, mamá —dije con aplastante seguridad. Y, como mi madre ya había salido del salón, lo repetí en voz alta para asegurarme de que lo oyese—: ¡No voy a cambiar de idea!

\* \* \*

Pero, muy a mi pesar, cambié de idea.

O, mejor dicho, los acontecimientos me obligaron a hacerlo. La desgracia se produjo una semana más tarde: Tito tenía un amigo que hacía motocrós; un día fue a verlo, su amigo le dejó la moto, Tito se metió en un circuito... y el muy idiota se rompió una pierna.

A hacer puñetas el Interrail, adiós Europa, adiós Francia, Suiza e Italia, adiós *tour* de vacaciones. José Mari y yo ni siquiera nos planteamos hacer el viaje por nuestra cuenta; aquello era un proyecto de tres y, si no lo llevábamos a cabo todos, no lo haría ninguno. Así que aparcamos el viaje hasta el año siguiente y firmamos en la escayola de nuestro amigo. Yo le escribí: «La próxima vez ponle ruedines a la moto, pedazo de torpe».

La cuestión era que, tras el accidente de mi amigo, ante mí se abrían cuatro alternativas:

1. Irme a Jávea con mis padres.
2. Irme solo a alguna parte.
3. Quedarme solo en Madrid.
4. Aceptar la oferta de Violeta e ir a Santander.

Repasé la lista mentalmente, aunque en realidad no había nada que repasar. La primera opción quedaba automáticamente descartada. La segunda también, porque no me gustaba viajar solo. La tercera era tentadora, pero me hacía sentir como un marginado. De modo que solo quedaba una alternativa: Santander, Villa Candelaria.

Cuando se lo dije, mi madre se puso deprimentemente contenta. Se había salido con la suya: en vez de vagabundear como un pordiosero por la salvaje Europa, su hijo se iría a pasar el verano a casa de sus tíos, como un niño bueno.

Tampoco es que me desagradara la idea; habría preferido el Interrail, claro, pero guardaba buenos recuerdos de Villa Candelaria y de Santander. La verdad es que acabó haciéndome ilusión volver allí y reencontrarme con tío Luis, tía Adela y sus cuatro flores. Pero habían transcurrido cuatro años desde la última vez que nos vimos; ¿estarían muy cambiados? Esa misma tarde le pregunté a mi madre si tenía fotos recientes suyas.

—Pues recientes, no —respondió—. Creo que las últimas que me envió son de cuando estuviste allí en el 69.

Esa noche me telefoneó Violeta. Ya no estaba enfadada; al contrario, estaba encantada: se había salido con la suya, igual que mi madre.

—Muchas gracias, Javier —dijo—. Sabía que podía contar contigo. ¿Cuándo vas a venir?

—No sé —respondí—. A mediados de julio, o así.

—¿No puedes venir antes?

—Pero, bueno, ¿por qué tanta prisa?

Hubo un silencio.

—Tienes razón —dijo ella al cabo de unos segundos—. Por unos días no importa.

—¿Por qué no me dices en qué quieres que te ayude?

Otro silencio.

—Es un asunto un poco extraño —dijo Violeta en voz baja—. ¿Recuerdas las Lágrimas de Shiva? Pues igual de misterioso.

—¿Pero qué es? —insistí, comenzando a impacientarme.

A través del auricular me llegó el susurro de un suspiro.

—Tiene que ver con un millonario llamado Melquiades Salazar, y con su casa, la Mansión Kraken. Pero es mejor que no te lo cuente por teléfono. Debes verlo tú mismo.

—Pero...

—Perdona, Javier. Marga me está metiendo prisa porque quiere usar el teléfono. Por cierto, te manda un saludo. Cuando sepas la fecha de tu llegada, llámame. *Ciao*, primo; gracias otra vez.

Y colgó.

\* \* \*

Los días fueron pasando con la luminosa pereza del verano. Casi todas las tardes, José Mari y yo íbamos a casa de Tito, que estaba inmovilizado con la pierna derecha embutida en una escayola, y le distraíamos charlando, jugando a las cartas o compitiendo con



bólidos en miniatura en la pista de un Scalextric. Algunas mañanas, cuando apretaba el calor, me iba a la Piscina Castilla, que estaba en el Paseo de la Habana; otras las dedicaba a leer, pasear o no hacer nada. Los sábados al mediodía visitaba las casetas de libros de ocasión de la Cuesta de Moyano en busca de viejas novelas de ciencia ficción. El sábado anterior a mi partida compré una para hacer un regalo especial.

El viernes trece de julio, la víspera del viaje, me despedí de mis amigos y regresé temprano a casa para preparar el equipaje. A última hora de la tarde, papá volvió del trabajo; yo ya había hecho la maleta y estaba escogiendo los libros que me iba a llevar. Al pasar por delante de mi dormitorio, mi padre se detuvo en la puerta y se me quedó mirando con una leve sonrisa.

—Hola, papá —le saludé.

—Hola, Javier. —Se adentró unos pasos en la habitación—. ¿Preparándote para el viaje?

—Ya casi he terminado.

Permaneció unos segundos pensativo.

—Estas son las segundas vacaciones que no estamos juntos —dijo—. Las primeras fue por mi enfermedad, pero estas..., bueno, sencillamente porque te has hecho mayor. El año pasado faltó tu hermano, y ahora también tú.

—¿Te parece mal? —pregunté.

—No, no, qué va; me encanta veros volar solos. Aunque también me da un poco de pena, claro; pero no es eso. Lo que pasa es que habéis crecido tanto y tan rápido... ¿Sabes?, los hijos sois como mariposas al revés. Al principio, las mariposas son orugas llenas de

pelos que luego se transforman en lindos bichitos voladores. Pero con los hijos ocurre lo contrario: nacéis siendo mariposas, preciosos y encantadores, y luego, poco a poco, os convertís en orugas.

Bromeaba, claro; aunque creo que no del todo.

—¿Nos estás llamando orugas, papá? —repliqué con fingida indignación—. Alberto no te digo que no, pero yo sigo siendo una linda mariposa.

Papá se echó a reír.

—¿Pero cómo vas a ser una mariposa con esa barba? —dijo—. ¡Estás lleno de pelos, Javier, eres una oruga!

Me acarició la cabeza. Entonces se fijó en el libro que tenía en la mano y lo cogió.

—*Más que humano*, de Theodore Sturgeon —dijo, mirando la portada—. ¿Lo has leído?

—Todavía no. Me lo voy a llevar a Santander.

—Te va a encantar.

Papá también era aficionado a la ciencia ficción; de hecho, fue él quien me transmitió el amor por ese género. Recuerdo que, cuando yo era muy pequeño, mi padre me contaba historias antes de dormir; pero no *Caperucita Roja* o *La Cenicienta*, sino relatos de naves espaciales, extraterrestres, robots o viajes en el tiempo. A veces también se le escapaba alguna que otra historia de terror, que me dejaba tembloroso y desvelado; pero nadie es perfecto y, en general, llenó mi infancia de fantasía y prodigios.

Mi padre me devolvió el libro y echó a andar hacia la puerta. Antes de salir, se volvió hacia mí y me dijo en tono de broma:

—Recuerda esto, Javier: cuando estés en casa de tus tíos, no hagas nada que pueda avergonzarnos o que requiera la intervención de la policía. Ah, y si vuelves a encontrar un collar valiosísimo, esta vez te lo quedas, ¿eh?

Me eché a reír.

—Vale, papá —dije—. Iremos a medias.

Me guiñó un ojo y salió de la habitación. Permanecí unos segundos contemplando el lugar por donde había desaparecido. Qué personaje mi padre, pensé; no solo le quería, sino que además me caía bien.

\* \* \*

A la mañana siguiente, muy temprano, mis padres me llevaron a la Estación del Norte y me acompañaron hasta el andén. Tras subir la maleta al vagón, me reuní de nuevo con ellos, y mamá comenzó a impartirme una ristra de instrucciones, como cuando era pequeño: que me comportara en la mesa, que hiciera la cama, que no hablara con la boca llena, que no me bañara en el mar justo después de comer, que no dijera palabrotas... Llegados a ese punto, papá le tapó la boca en plan de broma y dijo:

—Estoy seguro, querida, de que nuestro hijo hará lo humanamente posible por no comportarse como un mandril. Démosle un voto de confianza.

Unos minutos más tarde, sonó el silbato del tren anunciando su próxima salida. Besé a mis padres, subí al vagón y me asomé por la ventanilla. El tren se puso en marcha y me despedí de ellos agitando la ma-

no. Luego, fui a mi asiento, coloqué en el portabultos de la parte superior la bolsa con los bocadillos que me había preparado mi madre y me senté.

Durante unos minutos me quedé pensando en Violeta y en lo poco que me había contado por teléfono. Mencionó a un millonario que no me sonaba de nada y una casa llamada Mansión Kraken. Qué nombre tan raro, pensé. El «Kraken» es un monstruo marino, algo así como un calamar gigante. ¿A quién se le ocurre llamar a una casa con el nombre de un monstruo?

Finalmente, cogí *Más que humano* y comencé a leer.

Después de cuatro años, volvía al Norte.